

CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS  
ISLAS, 10  
¡POLVO DORADO, PUJOLITO!-03

Emilio Sola  
[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 01/09/2023  
Número de páginas: 15  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

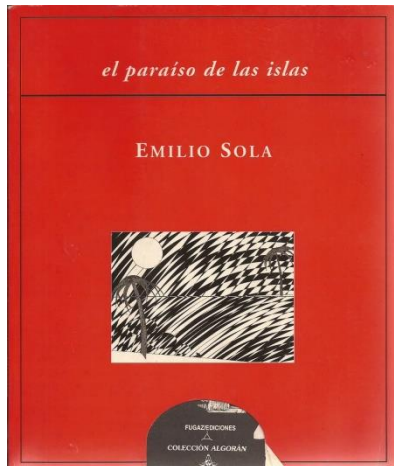
[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

[www.miramistrabajos.com](http://www.miramistrabajos.com)

# Cuentos del paraíso de las islas

## 10

### 10-01 ¡POLVO DORADO, PUJOLITO!



“¡Polvo dorado, Pujolito!” fue publicado en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario es un día largo de la primavera del año 33 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o del Naranjal. Se fragmentará en 5 entregas:

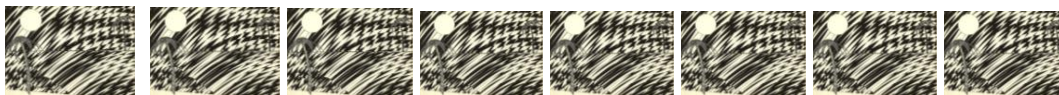
10-01, 10-02, 10-03, 10-04 y 10-05

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

**INDICE GENERAL**  
de EL PARAISO DE LAS ISLAS

1.- ¡POLVO DORADO, PUJOLITO!	cena en honor de Prisciliano Manfredi en la casa del huerto de los almendros.
1.1.- Ahmed Pujol, mulato claro, después de acostarse con una yanqui, se va a dormir en la hamaca a casa de su madre.	1.8.- En el bar de Primo.
1.2.- Mulato Pujolito recuerda su infancia en la casa del huerto de los almendros.	1.9.- La fiesta en honor del Manfredi, en la que Pepín Castaño canta la nana de la soltera.
1.3.- Pujolito va a ver a su madre Montse Pujol al taller.	1.10.- Prisciliano Manfredi promete llevarse a Ahmed Pujol al Egeo.
1.4.- Pujolito charla con su madre Montse de su padre Kader Hamuín y de otros asuntos.	1.11.- Mulato Ahmed prepara su macuto y promete volver hecho un hombre para estar con Tatiana Fontenova.
1.5.- Mulato Ahmed se pasa por la casa grande para dormir la siesta con Consuelo Entrambosaires, Titina, pero ésta no quiere.	1.12.- Pujolito se topa con el lamé de la Nico.
1.6.- Después de dormir la siesta con Nico, Ahmed, Titina y los amigos se van a la playa.	1.13.- Pujolito se duerme en el regazo de Titina.
1.7.- En la casa grande el grupo de chicos se arreglan para la	1.14.- Tarzán Weismuller conduce al aeropuerto a los viajeros en su vetusto coche verde.
	1.15.- La Nico y Pepín Castaño se acuerdan de Ahmed Pujol.

EPÍLOGO: Del amanuense para el lector, con DEDICATORIA incluida.	2.10.- Leila Naser llama al Babilónico "nostálgico, borrachón", y éste charla con Erik Andersen, gran jardinero.
2.- DON BORONDON EL BABILONICO.	2.11.- Los niños Fito Naser y Lavinia Plonka en la casa de don Borondón y la historia del hombre del perro negro y el niño Saigo Newman.
2.1.- Don Borondón el Babilónico, conocido como Sargón el Antiguo en Oriente, toma una copa de vino en la terraza de la casa del naranjal.	2.12.- Con la luna llena de mayo, el Antiguo se pasa el día hablando de la libertad y se despide de la casa-biblioteca del naranjal.
2.2.- ¡Salud, amigos!	2.13.- Don Borondón se instala en la plataforma durante la fiesta de la luna llena de mayo.
2.3.- La biblioteca habitada de la casa de don Borondón.	2.14.- El Antiguo y don Severino Muntañola recuerdan tiempos antiguos.
2.4.- Don Borondón y la luna llena.	2.15.- Don Borondón es condecorado y desenlace provisional de la historia de Miriam María y el Hamuín Norodín.
2.5.- Ante el espejo: "La gran aventura".	2.16.- Gente nueva llega a la casa de don Borondón, entre ellos Titina Entrambosaires y sus hijos Estambuli Entrambosaires y Alta
2.6.- La construcción de la plataforma circular.	
2.7.- Chito Gomes, los chicos de Spalato y la música para la plataforma.	
2.8.- La música, los grupos de la costa y el chiringuito de Eulogio.	
2.9.- Eulogio y Josefina y sus hijas Josefina y Verónica.	



No le dio tiempo a terminar la frase al Manfredi porque mulato Ahmed se le había echado encima como un agilísimo mono y le palmeaba la espalda y daba besos en el pelo, y poco después rodaba por el suelo ante un simple brusco movimiento de brazos del Manfredi que le arrojara, como una piedra roja y negra, unos metros más allá para quedar, tal gato que cayera de lo alto, por ejemplo, a cuatro patas y maullando.

53

-¿Has oído, Montse? ¿Has oído, Titina?

El grupo, recuperada la calma que las cabriolas del Pujolito hubiera roto, se fue disolviendo lentamente.

### 1.11.

Mulato Ahmed se empeñó en organizar el macuto aquella misma noche. Había sacado sus cortas pertenencias y las empaquetaba en la hamaca.

-¿Dónde vas a dormir esta noche? -le decía Pepín.

-Eso no es un problema.

Y luego.

-Supongo que habrá escaleras con rellano en el Egeo, tío. Eso sí es más grave.



Un poco más tarde.

54 -Por favor, Pepín: te pido un último favor. Acércate a la casa grande, busca por allí una camiseta con flores amarillas y rosas y me la traes, ¿vale?

El Pepín le hizo ese último favor y se fue a dormir; era más de media noche y estaba cansado. Pujolito lavó la camiseta y la tendió. Dejó en la sala su macuto preparado, no sin chocar con dos o tres durmientes - "ya está bien, pesado, deja dormir", le dijo uno-, y salió al huerto. ¿Se le olvidaría algo? ¡Claro que se le olvidaba! La cita con Tatiana, para el día siguiente en la playa, no iba a ser posible. Volvió a entrar en la casa, atravesó la sala, esta vez con mucho cuidado, y subió a la habitación de Tatiana Fontenova.

-¡Tatiana! ¡Tatianita!

Removió en su cama. Alguien roncaba. "¿Roncará la tía?", pensó. "O tal vez esté acompañada". Tatiana se había despertado.

-¿Qué pasa?

-Soy yo, el Pujol. ¿Te acuerdas que habíamos quedado para mañana en la playa? -hablaba en voz baja, ya cierto de que alguien roncaba al lado de la Fontenova-. Pues... a lo mejor no puede ser, ¿sabes? Así que, si quieres, echamos un polvo ahora, ¿vale?

-¡Ay, Pujolito! ¡Sólo a ti se te ocurren esas tonterías! Vete a dormir, anda.

-Un polvo rápido, tía, mira que estoy en plan...

-¡Cállate, que despiertas al Rufino! ¡Vete a dormir, demonios!

-El Rufi ni se entera, ¿no le oyes roncar? ¡Anda, vente! -y tiraba del brazo de la Tatiana medio dormida que, para no despertar a su compañero, salió de la cama y se quedó en el centro de la habitación, desnuda como estaba y sin saber qué hacer. Pujolito había entreabierto la ventana y entraba, pálida, la luz de la luna-. Estás buenísima, Tatiana. 55

-Pujolito: eres un pesado que un día te follarás hasta a tu madre.

-¡Que va! La Montse no quiere.

-En serio, Pujol, no creo que a este paso te conviertas en un hombre ni con el Prisciliano a tu lado, ¿sabes? -la voz de Tatiana Fontenova, aunque un susurro casi, sonó dura, cortante, tan seca que paralizó a Ahmed-. Y perdona, chico, pero alguien tenía que decírtelo.

Pujolito dejó caer los brazos y se quedó en el centro de la habitación frente a la Fontenova desnuda, inmóvil culebrón. Tatiana le puso una mano en la mejilla, que ardía.

-Eres un niño, Ahmed, un niño encantador. Y pronto serás un hombre. Si quieres, me echo algo por encima de los hombros y nos vamos a dar una vuelta a la playa. Y hasta, a lo mejor, hacemos deporte...

Mulato Ahmed reaccionó al fin.

-Tatiana: te prometo volver un día hecho un hombre para follarte como nadie antes te haya follado... Y no me tengas miedo, como Titina, que lo haré a tu medida, ¡te lo juro!



El Rufino seguía roncando, más fuerte cada vez. Mulato Ahmed le dio un beso lento a Tatiana, le musitó al oído “te lo juro” -Tatiana sonreía- y salió silencioso de la habitación.

1.12.

Ahmed Pujol atravesó el huertito de los almendros, sorteó a dos o tres durmientes bajo los pinos y, por la playa, se dirigió hacia la casa grande. Se dejó enredar un rato con las luces de los pesqueros allá adentro en la mar y, luego, con la luna. “Te juro, luna, que un día volveré hecho un hombre a echarle un polvo a Tatianita”. Pasó a la altura del bar de Primo. “Viejo vicioso y feo”, pensó. Se quitó los pantalones de la Nico -¿serían de la Nico?-, se los echó al hombro y se metió en el mar hasta media pierna; las cabritillas le hacían cosquillas en las palmas de los pies y en los tobillos; estaba buena el agua. ¿Habría turistas nuevas? “¡Bah! Bocas embadurnadas que te pintan de colorado”. Correteó chapoteando un trecho. “Y que saben a tabaco, tú”. ¿Dormirían todos en la casa grande? Las luces estaban apagadas... no, una estaba encendida. ¡La de Titina! ¿Estaría con el Gastón? Seguro que no; si en dos semanas juntos habían echado dos polvos sólo, seguro que estaba leyendo. Entró en la casa por la ventana del salón de siempre. “Seguro que Titina está leyendo y me espera”. Casi pisa a alguien. La luz de la luna entraba un poquito pero tan tenue que casi no se veía nada. Esperó inmóvil unos momentos para acostumbrarse a la oscuridad. Un paso, dos pasos, ya veía las escaleras. Junto al sofá algo le refrescó los pies... “¡El lamé de la Nico, tú!” ¿Estaría la Nico en el sofá? Ya veía

algo mejor... sí, la Nico; aquella teta que tenía frente a sus narices era la suya, seguro.

-¡Eh, Nico, despierta! -le musitó al oído mientras la removía un poco-. 57  
¡Pss! Soy yo, Pujolito...

-¡Oh, Pujolito! -la Nico se dio media vuelta.

“Estás en decadencia; segundo intento con la misma chica y en el mismo día”. Insistió.

-Nico, Nico -la removió otro poquito, con más dulzura, y le acarició la mejilla.

-¡Oh, Pujolito! ¿Cómo no duermes ya?

-No tengo sueño, Nico. Y habla más bajo, que se pueden despertar Pepín y los otros.

-Te vas mañana de viaje, ¿no?

-Sí, y a lo mejor no nos vemos más, ¿comprendes? Quiero dejarte un recuerdo imborrable del Pujolito... -la Nico se había incorporado y buscaba algo para echarse por encima-. ¡Toma tu lamé, toma!

-¡Huy, qué frío! Prefiero la sábana.

Mulato Ahmed tiraba del brazo de la chica para sacarla del sofá.

-Ven, Nico; vamos a dar una vuelta por la playa -casi la tira del sofá.

-Espera, impaciente. A ti no hay quien se te resista, chico.

Saltaron por la ventana y se perdieron en lo oscuro de la noche.

58

1.13.

Casi las cuatro serían cuando mulato Ahmed entró en la habitación. Titina estaba dormida con la luz encendida y el libro abierto lomo arriba -la vieja edición de Saadi el persa- sobre la plaza libre de la cama. Pujolito lo apartó con cuidado de no equivocarse la hoja que leyerá su amiga, se quitó la ropa y se acurrucó a su lado.

-¡Titina! ¡Eh, Titina, despierta!

-¿Eres tú? -entreabrió los ojos Consuelo-. Debe de ser muy tarde, ¿no?

-Vengo de preparar el macuto para mañana... Y de la playa con la Nico, ¿sabes? Nos echamos tres polvos de campeonato.

-¡Pues vas a estar bueno para el viaje mañana, tío!

-¡Qué va! ¿Sabes que lo que más me gusta del deporte es el después del polvo? Así, como ahora, acurrucado y relajado, tranquilo... Y así, a tu lado, mejor aún. Puedo acariciarte -y la acariciaba-, y puedo darte besitos -y se los daba-, y meterte mano... con dulzura -y le metía mano con dulzura-, ¿ves?, sin ponerme culebrón. Creo que esto debe ser la felicidad, Titina.



Titina había pasado su brazo bajo el cuello de Pujolito y éste descansaba la cabeza en el hombro de su compañera y la besuqueaba de vez en cuando por el cuello, el mentón y la mejilla.

59

-Ya te vas mañana, Met.

-Sí. Pero cualquiera que pase por aquí te traerá cartas y noticias mías. Y tú lo mismo, ¿eh? -se había incorporado-. Prométeme que me mandarás recado por cualquier viajero, por todos...

-No te preocupes. Prometido.

Titina asentía seria y Pujolito se volvió a recostar.

-Un día te regalaré la brújula, cuando no la necesite... O no; te regalaré otra cosa; la brújula la tenía pensada para el Pepín.

Callaron un rato.

-Met.

-Qué.

-Si un día pienso tener un hijo...

-¡Bah! No pienses tonterías. Los niños son una mierda.

-¡Bueno, vale, pero más adelante, no sé...! Y, además, no estoy hablando de ti sino de mí.

-¿Pero a ti te gustan los niños tanto, tanto como para querer uno tuyo?

-No sé, puede que sí... Entonces, ese día, te iré a ver y tú me ayudarás, ¿comprendes?

60 -Que te ayudaré a qué.

-¡Huy, chico, pareces bobo! Pues que me ayudarás a que me quede preñada, tonto.

-¡Pues claro! ¡No faltaría más! Te juro que no te dolerá porque lo haré con mucho cuidado, ¿sabes? -Pujolito se había animado de repente-. Además, ¿por qué vas a esperar a venir a mi lado para entonces? En cuanto puedas, te vienes y estamos siempre juntos, y si no quieres que hagamos el amor, te hago pajas, o te vas con otros, ¿comprendes?

-¡Ay, tío, vale ya! No te estoy hablando de eso. ¡No entiendes nada, tío!

-Perdona, Titina.

Callaron. Al poco, Pujolito dormía al lado de Consuelo. Esta sacó su brazo con cuidado para no despertar a su amigo, le echó por encima una cotonada de colores vivos que pilló por allí, apagó la luz y tardó un poquito, sus ojos abiertos en la noche, mil dulces pensamientos, no sabía si tristes o alegres, pero hermosos- se quedó dormida al fin.

1.14.

61

Tarzán Weismuller quiso llevarles al aeropuerto y la tartana verde, aunque hubo que empujar, respondió bien. Montse y Titina les acompañaron. Mulato Ahmed no había querido despedirse de nadie -al Pepín le dijo “hasta luego, tío” nada más, y le dejó en la casa grande trajinando-, y para conseguirlo se había encerrado en el automóvil dentro del garaje, media hora antes de salir hacia el aeropuerto. Prisciliano se había puesto unas gafas de sol de montura de pasta roja y cristales que al exterior eran espejo. Mulato Ahmed se había enrollado un rato con los reflejos del paisaje en las gafas del Manfredi.

-Buenas gafas, tú.

-Me las regaló un viejo marinero que se llamaba Antonio, antes de morir.

-Hace dos años, ¿no? -preguntó la Montse.

-Sí. Está enterrado en la costa, junto al bar de Eulogio.

-¿Le conocías tú, mamá?

-Sí, le conocía -intervino Prisciliano-. Era mi padre.

-¡Ah!

Pujolito miraba al mar, a su derecha, ensimismado. El Tarzán le pisaba al cacharro y éste respondía bien. Pujolito echó el brazo izquierdo por



el hombro a Titina, dorada y menudita, allí a su lado, y ésta recostó la cabeza en el pecho del chaval. Pasaron un rato así. El mar se escondió tras el verdor de un pinarcillo.

62

-Titina.

-Qué.

-No se te olvide lo que hablamos anoche, ¿eh?

-No, descuida. Te escribiré siempre.

-Sí, eso sí, pero lo del crío también. No te busques a otro tipo para eso; el Pujolito te lo hará puta madre de bien...

-Gracias, Met.

Le dio un beso ligero y luego siguieron en silencio hasta el aeropuerto. El avión estaba allí. Hubo despedidas. La tonta de la Montse tenía los ojos enlagrimados.

-¡Anda ya, tía! -bromeó mulato Ahmed para disimular cierta zozobra.

-Acuérdate de mí, niño Ahmed.

-Sí, mamá. Y más cuando la luna llena.

1.15.

En el salón de la casa grande Pepín plegaba con cuidado los sacos de dormir del Gastón y el suyo propio; no quería despertar a la Nico que, ya casi las dos de la tarde, dormía en el sofá. Se le había medio caído la manta a la chica y el Pepín, de vez en cuando, echaba un vistazo. “¡Jo, qué tetas!”, pensaba, y seguía por allí aturullado. La Nico comenzó, poco a poco, a despertarse. Se le descolgó uno de los brazos, rozó el lamé del traje de la noche anterior con la mano y esto terminó de despertarla. 63

-¡Ah, polvo dorado...!

-¡Hola, Nico! -saludó el Pepín.

-¡Hola, chico! -se desperezó-. ¿Ya se fueron?

-Creo que sí. ¿Qué os pasaba anoche que no hacíais más que entrar y salir por la ventana?

-Nada. Cosas del Pujolito... Anduvimos por la playa un rato de cachondeo y luego, ¿sabes?, va y me dice “acuérdate de mí cuando la luna llena, linda”, y echó a correr y se fue a dormir. ¿Qué querría decirme?

-No sé, pero es bonito.

Se desperezó la Nico. Pepín, en medio de la habitación, firme como un soldado antiguo, la miraba envolverse en la sábana.

-¡Ay, Pepín! ¡Polvo dorado el Pujolito!



DEL AMANUENSE PARA EL LECTOR, CON DEDICATORIA INCLUIDA

- 64 “¡Polvo dorado, Pujolito!” es un cuento del Paraíso de las Islas para niños, para mis niños, para nuestros niños. Es un texto que le debía desde hace mucho tiempo a mi gente y que, en tres días de medio fiesta aquí -la ciudad de los vientos, Orán, en la antigua Berbería-, en que no vendían alcohol porque era el aniversario del profeta Mohamed -el Mulud, o algo así, le dicen a la fiesta, del año 1402 de la Egira- y querían rendir un homenaje a las antiguas tradiciones, entre el día de los Reyes Magos y el 9 de enero del calendario antiguo de los cristianos, lo redacté de un tirón. Creo que se nota; tal vez demasiado. Tengo un callo -o no callo, sino zona dolorida- en el dedo corazón -o medial, creo- de la mano derecha, insensible la puntita - ¡sólo la puntita!, como diría el Pujolito- del dedo índice de dicha mano, pero no importa. Al releer lo escrito a veces me reía solo y eso era buen síntoma: tenía que terminar como fuera. Y, se le olvidaba al amanuense, en plena luna llena de enero. Por lo menos a simple vista.

El último día, cuando apenas me quedaba el final -que ya me lo sabía porque para eso conozco a todos los personajes del Paraíso de las Islas, mi gente, y hasta a sus antepasados (los míos) de “Acción, meditaciones y muerte de Juan Bravo”, y sobre todo porque era la gente la que se movía sin el consentimiento del dioscito creador-, me di cuenta de que el texto era mi regalo de reyes -otra antigua tradición- a Titín el de la Bea Purroy, a Soponsoles -Sonsoles ya, toda una señorita- de la María Fernanda de la Figuera y a la Bea de la María López, de Xixón, paisana de Pepín. Ah, y a Saigo, nacido en un barco que navegaba hacia las islas y que fue registrado -oh, los registros- a nombre de madre desconocida -aunque a Maite todos la conocíamos- y padre conocido, Moncho Dicenta, y a Carolo y su mamá Terele Pávez, inolvideibols, mire usted, qué le vamos a hacer.



*“Desocupado lector”: perdona las palabras malsonantes, los giros basqueros o barriobajeros, o tal vez sólo desafortunados. Necesarios eran para la mayor veracidad de esta historia... verdadera. Vale.*

65